

Lola

EN MIS TACONES



TANIA CHAFINO

LOLA EN MIS TACONES

Tania Chafino

Primera edición: septiembre de 2025

© Copyright de la obra: Tania Chafino Vera

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 979-13-990771-0-0

Código ISBN digital: 979-13-990771-1-7

Depósito legal: B 14981-2025

Corrección: Manuel Antón Mosteiro García

Diseño y maquetación: Selene Oramas García

Edición a cargo de M^a Isabel Montes Ramírez

© Angels Fortune Editions

www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

A mi madre, por creer en mí.

A mi padre, por sus grandes consejos.

A mi flor, por su apoyo y orgullo de hermana.

A mi estrella, esté donde esté. Porque gracias a ella me inicié en la aventura más dolorosa y gratificante de mi vida: el autoconocimiento.

A mi amor, mi gran amor. Mi norte y mi sur; por todo el apoyo, la paciencia y horas y horas de escucha activa.

Y a mis ratones, por hacer que aflore siempre de lo mejor de mí misma.

Capítulo 1

Presentaciones

Hace días que me resulta imposible dejar de mirarla, escondida en el balcón, desde mi silla negra de hierro forjado. Desde que la descubrí, mis horas pasan esperándola; intentando trazar un horario de su día, que me indique cuándo va a estar para no llevarme una decepción, al salir a exponerme a la luz del sol, solo para observarla. Sin darme cuenta, se ha convertido en un hábito de mi día a día. Como el beso de bienvenida que espera alguien cuando llega a casa después del trabajo; como la brisa que acaricia tu piel en la orilla de la playa; como el calor de una buena manta en invierno.

La encontré de casualidad, cuando después de dos días sin salir de las garras del edredón y la cautivadora mirada de la cama, me decidí a arrastrar mis 60kg de peso hacia la llamada de la luz del día.

Eran las nueve de la mañana de un jueves de otoño y, aunque la claridad era tenue, sentí cómo en mis ojos entraban gotas de fuego, pura lava adentrándose en mis órbitas para impedir que volviera a ver el triste mundo que me rodeaba, los colores del cielo e incluso las sombras de los edificios. Por un momento, pensé que sería así pero, tras unos segundos de intenso dolor retro orbital, logré pasar del negro carbón al cálido marfil; una imagen llena de humo que se iba aclarando hasta dejar ver todo con claridad. Durante unos instantes me sentí como los hombres de Platón en sus cavernas. Lo que no sospechaba es que al final, sí que sería así.

Me resultó extraño, como si fuera la primera vez que amanecía en esta habitación, a pesar de llevar cinco años viviendo aquí. Nunca antes me había asomado al balcón, al despertarme, para ver el día. Me di cuenta de que había muchas cosas en mi vida que me había perdido por el maratón diario en el que vivía. Quizá sea hora de asomarme más y disfrutar del paisaje tan bello que tengo frente a la cama.

Recordé que cuando alquilé el piso, lo que más me enamoró, aparte de lo grande que era, fue el balcón de la habitación, que daba a un cruce de calles antiguas de Lisboa. Era el último piso, y se veía el cielo azul, sólido y despejado como si lo pudieras acariciar con tan solo estirar el brazo. En ese momento recuerdo que pensaba que pasaría horas en el balcón disfrutando de los edificios, de la gente, del aire fresco que llegaba... pero jamás fue así. Ahora me pregunto por qué.

*Cuando empecé a vislumbrar el paraíso que tenía **ante** a mis ojos noté cómo se me relajaba la cara, cómo mi cuerpo hacía chof y entonces, entre una multitud de mesas y sillas de la cafetería de enfrente, la vi. Una chica joven, sencillamente elegante con un pañuelo rojo atado al cuello y expresión de estar esperando a alguien. No me equivocaba, dos minutos después de mi descubrimiento se acercó un coche y sin titubear, se subió haciéndole una señal al camarero de la cafetería.*

Me quedé pensativa, no sabía que había pasado con exactitud. En un primer momento pensé que era alguien

conocido y que se despedía del camarero. Ese día no la vi más, pero al día siguiente hizo lo mismo con otro coche, y al siguiente con otro: en el mismo lugar, el pañuelo rojo y un abrigo que no dejaba ver qué llevaba debajo.

Desde entonces la observo. Me pregunto qué piensa cada vez que se sube a un coche sin saber lo que sucederá. Debe de ser muy valiente para hacerlo varias veces al día, o, en su caso, estar muy desesperada. Quizá le guste... ¿Le gustará? Mi curiosidad es cada vez mayor y sin darme cuenta se ha apoderado de mi cabeza, de mi imaginación, de mis pensamientos, de mi tiempo.

¿Qué será lo primero que dirá cuando se sube al coche? ¿Serán citas concertadas previamente? ¿Es todo improvisado? Ella sí que tiene que tener un diario jugoso, lleno de historias, de sentimientos, sensaciones y vivencias; no como yo, que escribo por obligación y por matar el tiempo; por si alguna vez el disco duro que sostiene mis vértebras se deteriora y deja de almacenar datos. Me gustaría olvidarme de muchas cosas, pero de ella no. Ella es especial, lo sé.

Tiene ese no sé qué mágico que la hace brillar aunque ni ella misma lo sepa. Toda su luz se esconde bajo esa apariencia de chica dura de la calle; bajo la hilera de lentejuelas finas que lleva su abrigo que, a pesar del barrio en el que vivo y la hora que es, llenan la calle de deslumbrante sofisticación. Desde aquí arriba percibo que se preocupa de su imagen; de no parecer una más; de no valer menos. A su manera, deja muy claro cuál es su posición y por los coches, no se va con cualquiera.

A pesar de que no he visto de cerca su rostro, imagino una cara angelical, de esas que aparentan no haber roto nunca un plato. De estatura media, algo más baja que yo; delgada, con curvas de dimensiones perfectas y unas largas piernas magistralmente bronceadas.

Tiene el pelo largo, castaño y ondulado y, aunque suele llevarlo recogido, le sienta mucho mejor suelto. Aún no sé de qué color son sus ojos, ni cómo son sus labios, pero me encantaría reunir las fuerzas para bajar a la acera de enfrente cuando ella esté allí. Me da tanta vergüenza

siquiera imaginar que sepa que la observo, que no concibo la idea de acercarme a ella más de lo que estoy ahora.

Seguramente parece que es amor lo que describo, pero nada más lejos de la realidad: es admiración hacia otro ser humano; hacia una desconocida que sin darse cuenta me está salvando de mí misma, de la vida, de la sociedad.

Quizá debería presentarme, aunque es mi diario y yo supuestamente sé quién soy. Y digo supuestamente porque a priori, todo el mundo cree saber quién es; qué piensa; qué quiere, cómo y cuándo lo quiere. Desgraciadamente eso no es más que una mentira. En fin, me presento, de todas formas, por si acaso mañana me muero y a alguien le da por indagar en mi triste y solitaria vida.

Me llamo Lola, tengo treinta y seis años y hasta hace dos semanas me dedicaba a la venta de seguros. No es que mi vida haya sido digna de autobiografía pero tampoco ha sido del todo aburrida. Mi sueño era ser artista. Siempre quise ser modelo pero mi vida dio un vuelco de ciento ochenta grados en un segundo. La falta de apoyo unida a mi falta de voluntad y de fuerza para conseguir mi sueño, dieron paso al

mundo de los seguros, que por lo visto, y paradójicamente, era seguro hasta que me dieron unas vacaciones obligatorias hace dos semanas. Según mis superiores me había dado un «brote psicótico»; un «ataque de ira» más fuerte de lo normal.

Cuando lo pienso no sé si echarme a reír o a llorar. No sé de qué brote hablan y, mucho menos, tengo constancia de que me haya dado más veces. Me queda claro, con esa acusación, que en este mundo la tolerancia queda muy bien definida en el diccionario: únicamente. Pero ahora no quiero hablar de eso, que me pongo psicótica.

Esta mañana salí a tomar el aire, intentando que mi cabeza dejara de dar vueltas, de pensar. Hacía una mañana triste, gris; el aire era frío y al rozar mi rostro notaba como mi piel se paralizaba. En un intento fallido de paralizar el globo terráqueo que hay sobre mis hombros pensé: «Ojalá pudiera paralizar mi mente también». Todo sería diferente si tuviera la capacidad de frenar mis pensamientos cuando quisiera. Todo sería más fácil, quizá sería más activa; me atrevería a hacer más cosas; hablaría con más gente. Puede que hasta llegara a ser feliz.

Pensar es lo que me ha traído hasta aquí, hasta este punto invisible en el mapa. Me siento tristemente enjaulada, abatida, sin ganas ni fuerza para mirar por el balcón, pero sí para escribir. Al fin y al cabo, puede que esto de escribir no sea tan malo como creía.

Mi jefe me mandó unas indicaciones si quería volver al trabajo; entre ellas estaba ir a terapia psicológica. En ese momento, le hubiera lanzado a la cara la lámpara de mármol que tenía en la mesa de su despacho como medida para aliviar mi frustración, pero eso solo hubiera agravado «la situación».

Cuando salí de la consulta del psicólogo, la primera vez, estaba demasiado enfadada. Ese señor no me conocía de nada. No había cruzado ni una palabra conmigo, y me estaba tratando de loca por algo que le habían contado. Sentía y siento, justificadamente, que me han robado el derecho a contar mi versión.

Como era de esperar en ese momento me sentí engañada, como una marioneta a la que manejan como les convenga: hoy, sí te queremos; mañana, no; y pasado, no sabemos.

Vamos a ver con qué pie nos levantamos para decidir el futuro de la plantilla de la empresa. Aún hoy sigo sintiéndome así, y, con solo pensarlo, mi cuerpo responde con la imagen del decaimiento en pleno auge, como un muñeco de nieve que se derrite al salir el sol.

Lo único que ha cambiado es que he empezado a escribir. Al fin y al cabo, es una manera de pasar el tiempo. El tiempo que me han otorgado y, según ellos, regalado con el pretexto de «tómate un tiempo para ti». Su traducción literal en el parte médico: «Baja laboral por ansiedad». Cuando lo leo, me suena a: «Baja por enajenación mental transitoria». No sé cuál de las dos prefiero. ¡Qué bonito queda el: «Tómate un tiempo para ti!», mientras en sus cabezas queda: «¡Loca! ¡Estás loca y no te queremos aquí ni en pintura!».

En parte este diario es para todos esos borregos incapaces de pensar por sí mismos, que algún día se verán reflejados en la loca a la que han acusado sin motivo.

Acerca de la autora



Tania Chafino Vera nació en Las Palmas de Gran Canaria. Casada y madre de dos hijos cumple su sueño de escribir su primera novela a la que ha dedicado mucho cariño, profundidad y observación.

Enfermera y enamorada de su profesión, de esas que te llenan el corazón de alegría, gratitud y amor a diario, a pesar de su dureza.

A través de Lola, la protagonista de la historia, ha crecido personalmente y ha comprobado en su propia piel cómo pueden cambiar las personas si se lo proponen, luchando por dar un giro a su vida cuando creen que ésta les ha dado la espalda e intentando comprender la profunda complejidad de la mente humana.